

Ternura y justicia: Aprendiendo de mujeres compasivas

Mariola López Villanueva, rscj

Hoy es un día hermoso, celebramos el nacimiento de María. Uno de los primeros nombres que le dieron en las iglesias siriacas fue el de *Tejedora*, la que teje la humanidad en Jesús. La que no rechaza ninguno de los hilos que componen la urdimbre de lo humano. También las mujeres que nos ocupan esta mañana participaron de esta acción de tejer humanidad, fueron artesanas de *tramas compasivas y justas* allí donde transcurrieron sus historias.

Lo primero que me brotó al situarme ante el tema fue la necesidad de pedir perdón por tanta omisión, por sentirme en una existencia sin sobresaltos, cómoda, manejable, donde apenas corro riesgos por aliviar otras vidas... Es desde ahí que me he puesto al amparo de tres mujeres de luz: Etty Hillesum, Madeleine Delbrêl y Dorothy Day, para poder empaparme, para poder empaparnos, y dejar con agradecimiento que sus experiencias se viertan en nosotros y que algo de ellas se nos contagie.

Antes de adentrarnos en sus vidas quiero compartiros un testimonio que me llegó este verano cuando estaba en casa de mi madre, es de una mujer jurista que trabaja en la dirección general de atención a la infancia y adolescencia (DGAIA). Ella cuenta:

“Al ser informadas de que una mujer joven quería renunciar a su recién nacido nos dirigimos al hospital. Cuando entramos en la habitación Julia (nombre ficticio) nos dijo que si no nos importaba iba a desayunar pues estaba en ayunas desde hacía muchas horas. Así que procedí a explicarle las consecuencias jurídicas de su decisión, mientras ella desayunaba sin apenas mirarme. No tuvo ninguna pregunta que hacer al respecto. No quiso saber nada acerca del futuro de su hijo. Y firmó rápidamente el consentimiento de adopción.

Al salir de la habitación me giré y vi cómo sollozaba en silencio, con la cabeza baja. Vestía únicamente una camiseta y sus pies descalzos apenas rozaban el suelo. Era de complexión pequeña. ¡Qué tremenda fragilidad! En aquel momento sentí la tentación de ir hacia ella y abrazarla, pero consideré más oportuno salvar las distancias y avisar a una enfermera.

Han pasado ya más de dos años, pero cuando pienso en Julia siento un vuelco en mi interior, un vacío por ese abrazo que no fui capaz de darle...” (Mercedes Pagonabarraga).

La experiencia de esta abogada me tocó porque ella hizo lo que era justo, pero no pudo dar cauce a la compasión que había en ella, a la ternura que nos habita y que otros vienen a despertar en nosotros...A ese deseo de extender los brazos y sencillamente acoger.

Sencillamente acoger

Acoger es la acción por la que todo comienza. Cada uno de los que estamos hoy aquí tenemos la existencia porque una mujer nos acogió un día en su cuerpo, hizo espacio para nosotros, nos dio cobijo, para que pudiéramos acontecer...y todo cuanto después hemos podido vivir ha derivado de esta primera acogida gratuita e inmerecida. Acoger permite que la vida crezca y nos vamos convirtiendo en aquello que acogemos.

Señala Leonardo Boff, haciéndose eco de legado de Betinho -el gran líder de las luchas sociales de Brasil-: que la crisis central de nuestro tiempo “no está en la nueva economía de la exclusión, ni en la corrupción de la política, ni en la derrota moral de la humanidad. La crisis fundamental reside en la falta de sensibilidad de los humanos hacia otros seres humanos”.¹

Contantemente estamos experimentando esto, y necesitamos recuperar esa sensibilidad y el sentido de lo que nos acerca como seres humanos.

Recuperar el rostro del otro –cercano o lejano- no como aquel que amenaza lo que soy sino como un compañero de existencia con el que tengo que procurar hogar. No podemos ser felices solos. Los niños, los ancianos, y las personas más vulnerables nos enseñan que todos necesitamos una gran ternura.

Etty Hillesum (1914-1943) ofreció esta ternura a manos llenas en la sordidez y el horror de los campos de concentración. **Madeleine Delbrêl** (1902-1964) la donó en lo cotidiano en su barrio obrero y comunista de París ante los rostros más carentes que la conquistaron. **Dorothy Day** (1897-1980) compartió amorosa e implicadamente su vida, y la de su hija, con hombres y mujeres muy vulnerables en una casa de hospitalidad en Nueva York.

¿Qué sincronicidades se dan entre estas tres mujeres que no llegaron a conocerse entre sí? ¿Qué hilos acabarán trenzando la trama compasiva de sus vidas?

Etty es una joven brillante que a los 29 años es conducida en los trenes de la muerte al campo de exterminio de Auschwitz junto con sus padres y sus dos hermanos. Allí muere plenamente viva en las cámaras de gas, como deja consignado en su conmovedor Diario, agradeciendo la vida y bendiciendo hasta el final. Era el 30 de noviembre de 1943.

Madeleine tiene por aquel entonces 39 años, vive con otras laicas en comunidad, y como trabajadora social está ayudando a muchas familias desesperadas a sobrevivir en medio de la guerra sin ser del todo consciente, como muchos de sus contemporáneos, de las graves humillaciones a las que son sometidos los ciudadanos judíos, del gran sufrimiento que está aconteciendo tan cerca de ellos.

Dorothy acaba de cumplir los 46, vive en Nueva York, en la casa de acogida que han abierto, y en el periódico que dirige, *El Trabajador Católico*, lucha por los derechos de los trabajadores, las mujeres y los pobres, y se manifiesta a favor del pacifismo. Ya en

¹ <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=907>

1933 había enviado un artículo a la revista *América* titulado “*Nuestros hermanos los judíos*”.

“¿*Quién es santo?*”-se pregunta el poeta Kabir-: *Aquel que es consciente del sufrimiento ajeno*”.

Y las trayectorias vitales de estas tres mujeres dan cuenta de una gran sensibilidad ante el sufrimiento de los demás. Fueron conscientes y estuvieron presentes para aliviarlo y por eso sus itinerarios se convierten en **textos sagrados** para nosotros.²

Dios se revela a través de sus cuerpos y necesitamos releer sus historias y dejarlas *reflectir* en nosotros, para que sigan alumbrando prácticas compasivas y actitudes justas y liberadoras. Hay en sus textos una gramática profunda, una Presencia bendicente que nos conduce y educa.

Vamos a transitar junto a ellas *cinco aprendizajes*, como cinco hilos que se entrelazan, queriendo formar la trama de un tejido compartido que nos permita pasar de la insensibilidad que deshumaniza a una proximidad sanadora.

Cuando el pasado 20 de agosto los hombres, mujeres y niños del *Open Arms* pudieron desembarcar por fin en Lampedusa, le preguntaron a uno de los chicos qué esperaba encontrar en Europa y él respondió: “una vida amable, sin violencia”.

El primer hilo, el primer aprendizaje al que ellas nos conducen es recuperar el sentido de la hospitalidad.

1.- Ofrecer una hospitalidad despojada

Vivimos tiempos donde la hospitalidad se ha fracturado. La teóloga alemana Hadwig Ana María Müller en un hermoso artículo titulado *el hambre de pan, el anhelo del otro*³, nos hace ver que el hambre señala uno de los rasgos característicos de la condición humana que “*no es sin pan*”. Y que el anhelo es un elemento constitutivo de nuestra vida humana que “*no es sin los otros*”. No somos sin pan ni podemos ser sin los otros y esto nos remite a una indignancia radical.

Cerramos las fronteras creyendo evitar amenazas. Sin embargo, esos rostros sufrientes hacinados en los barcos sagrados que rescatan vidas en el mar, vienen a salvarnos. Vienen a restituir en nosotros, a sellar en nosotros, esta verdad: que no podemos ser seres humanos sin ellos.

Si el hambre de pan se sacia comiendo, el anhelo del otro se sacia con el respeto, la protección y el fortalecimiento de su existencia distinta de mi.

² Dice la teóloga mexicana Elsa Támez que es posible constatar en los últimos tiempos que no hay escritos de mujeres en los cuales no se aluda a las vidas de estas como un lugar privilegiado para el quehacer teológico feminista. “Las escrituras sagradas de las mujeres”, *Concilium* 276, (1998), 82.

³ “Hambre, pan y eucaristía”, *Concilium* 310 (abril 2005), 243-250.

Las mujeres que nos ocupan intentaron saciar el hambre de los otros: “He partido mi cuerpo como el pan -dirá Etty- y lo he repartido entre los hombres, ¿Por qué no, si estaban tan hambrientos...?”⁴

Dorothy quería que las personas con las que compartía sus días la recordaran porque “procuró hacer para ellos un buen café ¡y una buena sopa!”⁵, y experimenta que la verdadera acogida es abrirnos nosotros mismos a las necesidades ajenas.

Estas tres mujeres acrecentaron el anhelo del otro con sus vidas, desde ese lugar primero de hospitalidad que es el propio cuerpo, se emplearon en sostener, defender, nutrir y embellecer otros cuerpos carentes, más allá de sus propias fatigas físicas y psíquicas.

Así dice Etty en una de sus plegarias: “Dios, dame fuerzas, no sólo espirituales sino también físicas... Hoy estoy muy cansada, me siento abatida, y no tengo energía para el trabajo... Aun así te estoy agradecida de que no me hayas dejado sentada tranquilamente en mi escritorio, sino que me hayas puesto en medio del sufrimiento y de las preocupaciones de estos tiempos”.⁶

Madeleine toma al pie de la letra la palabra “hermano” y afirma que una proximidad real no puede realizarse sin que algo quede desplazado en nosotros: “Bajo la apariencia del desnudo, el hambriento, el cautivo, el extranjero, el vagabundo [...]. Bajo esas apariencias en la historia del mundo hay alguien indefinidamente ‘desplazado’; y quien se una a él o le siga se convierte en ‘desplazado’ como él”.⁷

Algo necesita ser removido en nosotros, desalojado, para que la bendición de la hospitalidad vaya madurando nuestra vida y se sientan bienvenidos a ella los que ni siquiera tienen fuerzas para llamar a nuestras puertas.

Cuando se representa el icono de Dorothy aparece en él la Trinidad de Rublev que evoca la escena de Mambré, en el capítulo 18 del Génesis. Aquella hospitalidad primigenia que está en las raíces de la hospitalidad de Jesús. En la historia del pueblo de Israel dar hospedaje se convierte en una acción sagrada. Sólo después de acoger a aquellos tres desconocidos que llegan sin avisar se abrirá para Abrahán y Sara, en el invierno de sus vidas, un tiempo de fecundidad.

En la casa de hospitalidad donde Dorothy vivirá, junto a su hija Tamar, y en las sucesivas que abrirán no hay trabajadores y “usuarios”, pues todos comparten el mismo techo y son de alguna manera *desclasados* en una igualdad que crea comunidad⁸. Para ella: “Todas las casas son familias, con sus defectos y sus virtudes, y por encima de todo, su amor.

⁴ E. HILLESUM, *Diario 1941-1943. Una vida conmocionada*, Anthropos 2016, 199.

⁵ D. DAY, *La larga soledad. Autobiografía*, Sal Terrae, 2000, 12.

⁶ E. HILLESUM, *Diario*, 152.

⁷ M. DELBRËL, *La alegría de creer*, Sal Terrae, Santander 1997, 190.

⁸ D. IZUZQUIZA, *Revolución desde abajo. Descenso revolucionario. La política espiritual de Dorothy Day*, Cristianisme i Justícia 136, 2005.

Podemos mirarnos unos a otros y decir: ‘Eres carne de mi carne y sangre de mi sangre’, pues somos miembros unos de otros”.⁹

Dorothy entiende la práctica de la hospitalidad como una *relación interpersonal* y constata cómo este sentido de acogida (frente a la hostilidad creciente que vivimos) no se improvisa, se va tejiendo poco a poco a través de vivencias compartidas; y narra dos experiencias fundantes en su infancia. La primera acontece durante el gran terremoto de San Francisco de 1906, ella tenía ocho años¹⁰:

“Mi recuerdo más nítido del terremoto es el calor humano y la bondad generalizada que lo siguieron... La amabilidad y el cariño llevaban a ver en cualquier persona un niño. Mi madre y todas nuestras vecinas se dedicaron desde el alba hasta el anochecer a preparar comida caliente... Se entregaron sin reservas olvidándose del mañana. Mientras duró la emergencia no hubo nadie que no amara a otro... Daban la impresión de estar unidos por la solidaridad cristiana... Lo cual lleva a pensar hasta qué punto la gente es capaz de cuidar de los demás...”.

La otra experiencia que va a marcarla es el encuentro con la señora Barrett: su vecina en el precario piso en el que su familia se ha instalado en Chicago. La señora Barrett tenía unos hijos de la edad de Dorothy, ella va a buscarlos a las 10 de la mañana para jugar, entra en la casa, pero no los encuentra y descubre a la señora Barrett arrodillada, que se vuelve para decirle que los niños han ido a la tienda. Lo cuenta así:

“Sentí una cálida explosión de amor hacia ella que nunca olvidaré, un sentimiento de gratitud y de dicha que aún continúa encendiendo mi corazón cuando la recuerdo. La señora Barrett tenía a Dios y en su vida existían la belleza y la felicidad. Lo que estaba haciendo la señora Barrett me ha acompañado toda la vida. Y por mucho que el problema de la pobreza y la injusticia me llenara de amargura... aun así había momentos en que en medio de la miseria y de la lucha de clases, un relámpago luminoso atravesaba la vida: En aquel pequeño y sórdido apartamento, a las diez de la mañana, la señora Barrett después de fregar los platos, se arrodillaba y oraba a Dios”.

Estas dos experiencias de su niñez se marcaron a fuego en ella: cariño hacia los otros necesitados, sea cual sea la causa de sus carencias. Solidaridad y cuidados... Gratitud, dicha y belleza en Dios.

Dorothy se manifestó en contra del racismo y personas de raza negra fueron acogidas en sus Casas de Hospitalidad mucho antes de que esto fuera aceptado por la sociedad en los Estados Unidos. Se encontrará en más de una ocasión con duras críticas a su labor, por tender la mano sin reservas a gente que, en opinión de muchos, no era “merecedora” de la ayuda, o era “menos merecedora” que otros. Le duele ver que en ocasiones la Iglesia

⁹ Citado en A. COLOMER: “Hospitalidad en tiempos de exclusión: el compromiso de Dorothy Day con los derechos de los más vulnerables”. *CEFD*, 39. Actas Congreso Internacional Declaración Universal de los Derechos Humanos (2019).

¹⁰ D. DAY, *Mi conversión. De Union Square a Roma*, Rialp 2014, 36-37.

muestra mucha caridad, pero poca justicia. También Madeleine sufre al ver que los católicos de su tiempo son los que pagan salarios más bajos a sus trabajadores.

Para ellas es justo y necesario practicar una hospitalidad sin condiciones sino no sería hospitalidad, sino alojamiento. Jesús nos dirá: “Cuando des un banquete invita a los pobres...dichoso tu porque no tienen cómo pagarte” (Lc 14, 17). Hay felicidad en este hospedar gratuito y despojado. La verdadera hospitalidad implica generosidad y reciprocidad, y es un acto sagrado porque todo ser humano merece ser recibido.

Señala el filósofo Josep María Esquirol que el gesto más humano de todos es el amparo, que lo más humano de lo humano reside en acoger al otro: “Venimos desnudos al mundo, y hace frío, y nos acogemos unos a otros. La comunidad más básica es la del amparo. Es la comunidad que cura, que nos cura... El egoísmo es fuerte y radical. Pero la acogida, la vigilia, y velar por el otro lo son aún más... El mundo humano se sostiene por la bondad”.¹¹

El segundo hilo que estas mujeres nos ayudan a trenzar es ese calor humano y bondad que nuestro mundo necesita.

2.- Rehabilitar la bondad

Leí hace unas semanas una entrevista al poeta granadino Luis García Montero acerca de su último libro *Las palabras rotas*, donde expresa que el deterioro de una sociedad, de una comunidad, comienza por la corrupción de las palabras que compartimos. Y, entre otras, señala el descrédito de la palabra bondad. Dice que está tan desprestigiado el sentido de la bondad que hay que decir cuando aparece: “un momento, que no estoy diciendo que sea tonto”. Y comparte su experiencia de haber sido educado por Giner de los Ríos con el que aprendió que estudiar y formarse era prepararse para la bondad¹².

Madeleine compartiría esta máxima, para ella hasta la misma justicia puede volverse “pan seco” si la bondad no la precede y dirá a sus compañeras: “Haced lo que queráis con tal que la bondad ocupe en vuestra vida un lugar proporcionado al lugar de Dios. Que ella sea la sombra proyectada de vuestro amor a Dios. Esta sombra única es visible a los ojos de los hombres”.¹³

Ella aboga por rehabilitar el lenguaje de la bondad, esa bondad entretejida en los gestos cotidianos y en las pequeñas acciones, capaz de despertar en cada vida, incluso en las más perdidas, el roce de una Presencia.

En medio de tantas humillaciones y sufrimientos, Etty no dejó que se endureciera su mirada, por el contrario, su rostro se fue volviendo cada vez más accesible, más abierto y bondadoso... más ofrecido al desamparo de los otros a pesar de no encontrarse bien en

¹¹ J.M. ESQUIROL, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, Acantilado 2018, 153.

¹² <https://librotea.elpais.com/articulos/luis-garcia-montero-la-corrupcion-de-una-sociedad-empieza-por-la-corrupcion-del-lenguaje/>

¹³ M. DELBRÊL, *La femme, le prêtre et Dieu. Au cœur du mystère intime de l'Église*. Œuvres Complètes, tome IX, Textes Missionnaires, volume 3, Nouvelle Cité 2011, 232.

muchos momentos: “Hay algo en mi cuerpo que no está en orden. Me gustaría ponerme bien pronto, pero acepto todo de tus manos como venga, Dios. Sé que siempre será bueno. He aprendido que cargando el propio peso uno puede convertirlo en bien”.¹⁴ Más adelante expresará en una carta a un amigo: “En ocasiones pienso que lo único que se puede hacer verdaderamente es dejar afluir a borbotones esa pizca de humanidad que cada ser lleva dentro de sí. Todo lo demás es secundario”.¹⁵

Para Madeleine es también esa irradiación de bondad la que puede mover los corazones de los hombres y mujeres alejados de la fe: “El encuentro con una persona realmente buena produce, sobre otras, algo que trasciende el orden del pensamiento: un verdadero fenómeno de oxigenación del corazón. Esas personas se dan cuenta de que algo esencial a su vida humana les es devuelto”.¹⁶ Y continúa diciendo: “La bondad del corazón que viene de Cristo, y nos da Cristo... tiene para el corazón no creyente, el sabor desconocido de Dios y lo sensibiliza para su encuentro”.¹⁷

Madeleine apoya la necesidad de mejorar todo lo referente a la organización social y sanitaria, porque esas medidas luchan contra el sufrimiento y lo alivian, pero sabe que ninguna reforma puede reemplazar a la bondad, si no corremos el peligro de que las personas se vuelvan un número, dentro de una categoría, insertas en un formulario... se convierten en usuarios, en problemas... y es urgente *humanizar los contactos*. Ha comprendido que el gran sufrimiento de los pobres es que nadie necesita de su amistad (M. Zundel). Y dirá: “Por la amistad podemos hacer milagros, es el amor habilitado todos los días y el amor es siempre terapéutico”.¹⁸

El tercer hilo que ellas nos ofrecen es la necesidad de reencontrar un amor personal.

3.-Reencontrar un amor personal

Vivimos en la era de las pantallas, saturados y distraídos por muchas cosas, envueltos en un acontecer precipitado... y estar presentes a los demás supone una elección que es en sí misma una afirmación amorosa. La elección de estar atentos al otro le dice: “*tú eres digno, tú vales*”. Las personas, ante los desajustes familiares y sociales que viven, lo que demandan es sobre todo *presencia*, alguien que mire con detenimiento sus vidas, alguien que los salude con calma, que les pregunte, que se interese.

Madeleine conocerá de cerca en su barrio de París la condición de tantas personas invisibilizadas por el anonimato y los desgarros que producen las desigualdades sociales, y dirá: “Hay un sufrimiento... que lleva en todas partes el mismo nombre. Ya se trate de

¹⁴ E. HILLESUM, *Diario*, 164.

¹⁵ Carta a Osias Kormann, (15 de noviembre de 1942), *Cartas*,

¹⁶ M. DELBRÊL, *La femme, le prêtre et Dieu*, 229.

¹⁷ *Athéismes et évangélisation*. Œuvres Compètes, VIII, Textes Missionnaires, volume 2, Nouvelle Cité 2010, 149

¹⁸ *Le service social entre personne et société*, VI, Écrits professionnels, volume 2, Nouvelle Cité 2007, 322-323.

Santiago o de Juan, del estibador o el minero, el blanco, el negro o el amarillo, es una violencia sufrida, una servidumbre... el peso de un desprecio”.¹⁹

Ella denuncia esa violencia soterrada que mina día a día la vida de los pobres y clama por recuperar un *amor personal*: “Tenemos que reencontrar ese amor personal de una persona por otra... Ya no sabemos encontrarnos unos a otros como un ser humano encuentra a otro en su simplicidad individual. Ya no sabemos llamarnos por nuestro nombre”²⁰

Decía Isaac de Nínive: “Aunque realicemos la justicia, mientras no encontremos el amor caminamos en una tierra de espinas”.²¹

A esa tierra de espinas es a la que arrojamos hoy descalzos a muchas mujeres, hombres y niños... y sólo la proximidad y el cariño pueden permitirles iniciar una aventura de curación. Hacer sentir a los otros, en sus momentos de mayor desesperanza, que cuentan para alguien, que importan a alguien; que la vida volverá a ser buena.

Siguiendo la estela de Etty, una de las veces que vine a Madrid fui a ver la exposición: “*Auschwitz: No hace mucho. No muy lejos*”. Se me grabó especialmente el testimonio de un superviviente al que preguntaron qué hizo posible que siguiera con vida en medio de tanto horror, y él respondió: “tener un amigo en el campo y alguien a quien cuidar”. Nos salva sentirnos queridos y poder cuidar de otros.

Todos necesitamos pertenencia y somos mucho más amorosos de lo que nos mostramos; sacrificamos mucha espontaneidad y dulzura: “Lo que más nos hace sufrir no es tanto el hecho de no sentirnos queridos sino el de no poder amar tanto como sentimos que nuestro corazón está impulsado a hacerlo”.²² Cuando empezamos a contactar con él, o dejamos que otros contacten, descubrimos cuánto calor, delicadeza y espacio hay en su interior. En la medida en que el amor se libera en nosotros nos sentimos vivos, y nos tornamos en hombres y mujeres vivificadores.

Etty nos recuerda que el amor no tiene miedo, no queda afectado por el límite del otro, le deja espacio libre para ser. En una ocasión uno de los soldados muestra un leve gesto de humanidad con una joven y Etty expresa: “supe que esta noche rezaría también por el soldado alemán. Uno de tantos uniformes tomaba un rostro... Él también sufre. No existen fronteras entre la gente que sufre. A ambos lados de todas las fronteras se sufre y hay que rezar por todos”.²³

Etty despliega la *buena mirada* más allá de etiquetas y de generalizaciones, y una amabilidad delicada con los otros judíos que sufren, sin cargarles con el peso de su propio sufrimiento. Al día siguiente del deseo de rezar por los soldados alemanes recoge en su Diario: “Que extraño es que nosotros no sintamos odio o indignación o amargura, pero

¹⁹ M. DELBRÊL, *Nosotros gente común y corriente. Textos misioneros*, Lumen Humanitas, Buenos Aires 2008, 100.

²⁰ *Ibid.*, 125.

²¹ ISAAC DE NÍNIVE, *El don de la humildad*, Sígueme 2007, 147.

²² A. VIGNEAU, *Clow esencial. El arte de reírse de sí mismo*, La llave, Buenos Aires 2016.

²³ E. HILLESUM, *Diario*, 119.

no podemos decirlo a los demás abiertamente porque uno no podría entenderlo...”. Más adelante expresará: “son despiadados, sin ningún tipo de piedad, y debemos ser todo lo misericordiosos que podamos”.²⁴

Dorothy comparte este mismo anhelo de misericordia: “Encontré a Dios en sus pobres - dirá- y en un momento de dicha me volví a Él...yo también deseaba participar de ese amor tierno y misericordioso”.

Ternura es lo que no amenaza, lo que afirma; lo que aporta suelo para crecer; lo que hace posible caer y levantarnos sin tener que esconder nuestro barro. La ternura es la capacidad de ofrecer cobijo desde nuestra forma de mirar y de hablar.

La ternura germina en el silencio, brota sencillamente de una vida acallada, porque aprendemos a escuchar de otro modo, a tocar con otra suavidad, a mirar sin lastimar... a comprender que cada persona posee un nombre que requiere ser pronunciado con amor, una historia que espera ser acogida y entendida.

Etty escribe en una carta desde el campo a su amigo Osias: “Es mucho el amor que llevo dentro de mí, hacia alemanes y holandeses, hacia judíos y no judíos, hacia toda la humanidad”.²⁵

El cuarto hilo y aprendizaje es quizás el que más nos cuesta, hay que estar muy invadidos por el Espíritu para que se teja adentro: llegar a comprender que el otro es como yo.

4.- Reconocer que el otro es igual que yo

Sentimos horror hacia los “salvinis” del momento, pero necesitamos reconocer que hay un Salvini agazapado en algún pliegue de nuestro corazón, que no estamos libres de autocentramiento y de excluir a los distintos y a los que cuestionan nuestro modo de hacer... Nos es muy fácil trazar líneas de separación, sentirnos diferentes de aquellos que no ven las cosas como nosotros, escandalizarnos... y, sin embargo, compartimos la misma condición, estamos cortados por el mismo patrón. Esa será una tentación siempre acechante para los que nos creemos en el lado de los buenos, dar gracias como el fariseo de la parábola por no ser cómo los demás (cf. Lc 18, 11).

Etty transcribe una conversación con su amigo Jan que le pregunta con amargura: “¿Qué hay en los seres humanos que les hace querer destruirse unos a otros?”, y ella le responde: “Hablas de seres humanos, pero recuerda que tú eres uno de ellos...La corrupción de los demás está también en nosotros”. En otra parte de su Diario Etty se pregunta ante la violencia de un soldado qué estará sucediendo en su interior que le ha llevado hasta esto.

Etty tiene un convencimiento: “Una cosa es cierta debemos ayudar a incrementar la cantidad de amor en este mundo. La mínima cantidad de odio que añadamos al exceso de odio que ya existe, hace que este mundo sea más inhospitalario e inhabitable. Cuando se

²⁴ *Ibid.*, 150.

²⁵ A Osias Kormann (28 de septiembre de 1942), *Cartas*, 26.

trata de amor, tengo tanto, tanto...”²⁶, y le dirá a su amiga María: “una vez que el amor por la humanidad haya germinado en ti, crecerá sin medida”.

Para Madeleine este amor siempre necesitaremos recibirlo primero y se convertirá en un don que nos obliga a soltar todo lo que supone un obstáculo en la relación con los otros: “nuestras desemejanzas, nuestras antipatías, nuestras separaciones”.²⁷

Dorothy nos va a hacer partícipes de sus desgarradores aprendizajes cuando es encarcelada en varias ocasiones por solidarizarse con colectivos amenazados y manifestarse públicamente por causas justas. La primera vez ocurrió en 1917, tiene tan solo 20 años y lo recuerda así²⁸:

“En la prisión perdí todo el sentimiento de mi propia identidad... Me envolvía todo el dolor del mundo. Como quien ha caído en un foso. Era esa madre a cuya hija habían violado y asesinado; era la madre que había dado a luz al monstruo culpable de ese crimen; era incluso ese monstruo y en mi corazón estaba contenida esa aberración...”.

En 1956, ya en la madurez, vuelve a ser arrestada durante una protesta no violenta:

“Percibí una sensación de intensa cercanía de Dios. Un gran sentido de Su amor, un amor por Sus criaturas...En la celda donde estábamos detenidos, había seis mujeres esperando juicio por homicidio... Pero allí, mezclada con ellas, entre puertas abiertas y pasillos libres, éramos hermanas. Vimos en nosotras mismas nuestra propia capacidad para el pecado, la violencia o el odio...”.

Hay un antes y un después de experiencias como estas.

La verdadera transformación se da en nosotros cuando empezamos a comprender nuestra condición, cuando comprendemos que en otras circunstancias habríamos estado en el otro lado, cuando reconocemos que no somos distintos de aquellos a los que rechazamos... hasta llegar a experimentar que tenemos algo en común, algo que nos une.

Etty va a expresarlo con belleza y hondura en su Diario:

“Todas las necesidades nocturnas y toda la soledad de una persona que sufre, atraviesan de pronto dolorosamente este pequeño corazón mío... que descubre en todas tus criaturas, tan diferentes y en mutuo conflicto unas con otras por toda la tierra, algo común a todas. Y quisiera hablarles de eso que tienen en común, con una pequeña voz, muy suave, pero hasta el final y con convicción...”²⁹

Hay algo común a todas las criaturas: nuestra capacidad para el bien y para el cuidado... y a la vez esa posibilidad latente de lastimar y rechazar otras vidas.

²⁶ E. HILESSUM. *Escritos esenciales*, Sal Terrae, 2011, 161.

²⁷ M. DELBRÊL, *Las comunidades según el Evangelio*, PPC, Madrid 1998, 84.

²⁸ D. DAY, *La larga soledad*, 88.

²⁹ *Diario*, 180.

Cuanto más va tomando el Espíritu a una persona, más se siente criatura entre las demás criaturas, hermanada, de la misma condición: con los mismos miedos, la misma torpeza para amar, el mismo anhelo, las mismas hambres...

Hay una hermosa película, *La fuerza de un ángel* (1996), que narra la historia de Dorothy y que comienza con estas palabras suyas: “siempre había deseado una vida abundante pero no sabía dónde encontrarla”.

Estas mujeres nos descubren a través de sus itinerarios que una vida abundante significa una vida compartida, vinculada; una vida de familia donde aprendemos a intercambiar dones y a cuidar unos de otros durante el viaje.

El último hilo, el quinto aprendizaje a modo de conclusión, es la invitación a no retener los perfumes que portan nuestras manos; a verterlos junto a otros sin miedo y con ancho corazón.

5.- No retener los perfumes que guardan nuestras manos

En el Evangelio los perfumes pertenecen a las mujeres. Así lo experimentó y lo celebró el mismo Jesús. Donde hay buena noticia expresada y vivida hay memoria de gestos de mujeres (cf. Mc 14, 9). Memoria de perfume que se derrama acariciando y bendiciendo, sanando heridas, ungiendo; vertiendo el cuidado que humaniza.

Me contaba una amiga que trabaja en el hospital con personas que han sufrido daños cerebrales, preferentemente ictus, que cuando los acompañantes son varones suelen ser o el padre, o el hijo o el hermano de la persona enferma. Mientras que el espectro femenino del cuidado se amplía mucho más: hay madres, hijas, hermanas, nueras, tías, sobrinas, amigas... a los pies de una cama de hospital. “Una quisiera ser un bálsamo derramado sobre tantas heridas”, fueron las últimas palabras de Etty en su Diario.

Cuando el perfume se ofrenda sobre una piel sana es belleza y celebración, disposición para el abrazo: señal de fiesta y gozo compartido. Cuando el perfume se vierte sobre una piel dañada, es unguento que alivia, suave bálsamo que ayuda a cicatrizar hasta las más profundas heridas... Ese es el perfume que derramó Jesús sobre los rostros de los pequeños y abatidos que ocuparon su corazón, y es el que hoy quiere seguir vertiendo a través de nosotros.

La tradición cristiana ortodoxa llama *miróforas* a aquellas mujeres portadoras de mirra en la mañana de Pascua, mujeres de *la atención al cuerpo del Señor*, mujeres de la atención a los cuerpos heridos de la historia. Hoy sumamos los nombres de Etty, de Madeleine y de Dorothy (¡y ojalá que podamos poner también los nuestros!) a esa larga cadena de compañeras y compañeros de madrugada, hombres y mujeres que a lo largo de los tiempos han caminado con las manos llenas de perfumes hacia los lugares donde la vida es amenazada, donde huele mal; donde muchos no quieren ir porque aparentemente ya no se puede hacer nada.

Quedan muchos perfumes por derramar en cada uno de nosotros, queda mucha acción tierna por escribir en nuestra piel y son los otros los que vienen a despertarla.

Lo que más bloquea la fuente de nuestra ternura son los miedos. Las primeras palabras que balbucea Adán cuando el Dios amigo busca su presencia al caer la tarde son estas: “Tuve miedo y me escondí” (Gn 3, 19) Me emocionó descubrir que es lo mismo que dice el siervo que no fue capaz de arriesgar lo que había recibido de balde: “Tuve miedo y lo escondí” (Mt 25, 25). ¿Y qué otra cosa es el talento sino ese potencial de amor en el centro de nuestro cuerpo, en la profundidad de nuestra piel?

Madeleine experimenta la fuerza de este potencial en medio de las calles de su ciudad, en el metro, entre el gentío y exclama: “...El Espíritu Santo, todo el Espíritu Santo, en nuestro pobre corazón, el amor grande de Dios que late en nosotros, como un mar que quiere a toda costa desbordarse, expandirse, penetrar en todos esos seres sin salida...”³⁰

Vivimos tiempos donde aumenta el rechazo y el miedo al otro y han rebrotado viejas rivalidades y temores que creíamos superados. No podemos sentir amor y miedo al mismo tiempo. El miedo no nos deja afectarnos ni conmovernos... y necesitamos recuperar esa confianza esencial de un ser humano ante otro; esa seguridad de que podemos entrar en otras tierras sin ser lastimados y sin lastimar, porque estamos bien hechos para acompañarnos en la fragilidad.

Etty escribe en una carta a su querido Julius Spier, el partero de su alma: “si en estos tiempos no te derrumbas de desolación y si, por otro lado, no te vuelves a fuerza de autodefensa, dura y cínica o te resignas, entonces tienes todavía alguna posibilidad de ser más sensible, tierna, comprensiva y capaz de amar...”³¹.

Etty le pide a Dios que le regale al menos un verso al día: “y si no lo pudiera escribir, porque no hay ni papel ni luz, entonces lo recitaré suavemente por la noche, bajo tu gran cielo. Pero regálame de vez en cuando un solo verso.”³²

Y esta mañana nos acompaña un verso de Gabriela Mistral:

*“Hay besos que se dan con la mirada
hay besos que se dan con la memoria”.*

Hemos intentando, a lo largo de este recorrido, que la memoria trenzada de estas mujeres *bese nuestras vidas* para que nosotros podamos *aprender a besar con la mirada* el tiempo que nos toca vivir; a bendecirlo. A no dejar escapar ninguna oportunidad, en lo pequeño de cada día, para movernos en la dirección del amor. A aportar nuestro hilo (y no puede faltar ninguno pues todos son necesarios) a ese tapiz de compasión y justicia que ellas tejieron y cuya trama nos está ofrecida hoy a nosotros.

³⁰ M. DELBRÊL, *Misioneros sin barco*, Monte Carmelo, Burgos 2011, 63.

³¹ E. HILESSUM, *Cartas*, 21.

³² *Diario*, 181.

Ellas vivieron plenamente el tiempo que habitaron, amándolo hasta el final. A Etty le arrebataron la vida en la primavera, cuando recién empezaba a despuntar, pero madura y completada ya en el amor; Madeleine murió inesperadamente, a punto de cumplir los 60, se desplomó sobre la mesa donde escribía, abrazada al mapa del mundo que latía en su ancho corazón; y Dorothy fue fecunda hasta su ancianidad para sus hermanos y hermanas más desprotegidos que le brindaron una calurosa despedida.

En la diversidad de sus relatos y de sus experiencias encontramos en ellas el punto desde el que todo gravita: sus vidas orantes, su honda inmersión en Dios. Y desde ese centro fueron *marcadas a fuego* -en expresión del Papa Francisco- marcadas a fuego para esa misión “de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar”.³³

Transitar las sendas de un amor inclusivo las volvió mujeres humildes, que en medio de las circunstancias más adversas lo esperaron todo de la bondad de Dios y no se reservaron nada.

Mujeres alegres que hicieron del agradecimiento su bandera. “Rezo porque soy feliz- exclamaba Dorothy- rezo porque quiero darle las gracias”.³⁴

Mujeres hondamente compasivas que nos ayudan a comprender que el mal que combatimos afuera está también adentro (esas injusticias que nos escandalizan y nos duelen, están en alguna parte de nosotros) pero a su vez, la bondad y el deseo de justicia, el anhelo del otro y la belleza, la ternura y el amparo... están también en cada uno nosotros, grabados en la entraña más íntima de cada ser humano, y esa es nuestra esperanza.

Recordemos la historia, que contábamos al principio, de la abogada y del abrazo no dado a esa mujer herida que aún hoy le pesa... y pidamos gracia para abrir nuestros brazos, una y otra vez, para acoger con reverencia esos rostros vulnerables que nos humanizan... porque no hay nada -nada- que más felices nos haga.

¡Muchas gracias por vuestra escucha!

³³ *Evangelii Gaudium*, 237.

³⁴ D. DAY, *La larga soledad*, 143.